

Prefacio a *Los marxistas contra la autogestión*

Stéphane Just
(9 de julio de 1973)

La autogestión, máquina de guerra contra el proletariado.....	1
Burguesía y proletariado.....	2
Interés y límites de las cooperativas obreras	2
Control obrero y autogestión	3
La única solución: el poder político	4
Gestión de empresas y cuestión del poder.....	5
La autogestión y la lucha de clases en la URSS y en Europa del Este.....	6
Tareas históricas del proletariado, democracia obrera, autogestión.....	8
Una aportación a la construcción del partido revolucionario.....	9

Aquí están reunidos un conjunto de textos, artículos y documentos que han sido escritos o reunidos por los militantes de la OCI y de la Alianza Obrera de las fábricas Renault. Los textos y artículos han sido escritos en la actividad militante y en función de sus exigencias. Algunos de ellos han sido publicados en Informations ouvrières y otros por el Comité de la Alianza Obrera o de la OCI de la RNUR. No se trata, pues, de un libro clásico compuesto de capítulos rigurosamente ordenados que llevan a una conclusión final. Estos textos no responden, sin dudas, a todos los problemas que acarrea la “doctrina” y la práctica de la “autogestión”. Así, por ejemplo, se ha lanzado una rápida mirada sobre la aplicación de la “autogestión” en los países del Este pero su aplicación en Argelia ha sido dejada de lado.

La autogestión, máquina de guerra contra el proletariado

La lectura de este libro, sin embargo, es indispensable para todo militante revolucionario proletario. Porque cada parte es, por sí misma, un análisis riguroso, y de cada una de ellas se saca siempre una conclusión no menos rigurosa. Como “teoría”, la “autogestión” es un bricolage ideológico que junta toda una serie de antiguallas premarxistas, para sostener esta nueva forma de la doctrina social de la Iglesia cuya lógica lleva al corporativismo. En verdad, la “autogestión” es una marrullería política, una máquina de guerra construida para cuestionar la independencia del proletariado e intentar destruir al movimiento obrero. Se trata de desviar a la clase obrera del cumplimiento de sus tareas históricas, tareas que consisten en tomar el poder político, constituirse en clase dominante, organizada y centralizada en y por medio de los consejos obreros, soviets, en instaurar una dictadura del proletariado (condiciones indispensables para que el proletariado arranque a la burguesía la posesión de los principales medios de producción e intercambio y organice la producción según un plan elaborado y aplicado bajo control obrero. Esta es la única vía que lleva del capitalismo al socialismo y por ello la “autogestión”, batiburrillo ideológico pero máquina de guerra política, intenta que el proletariado la abra.

Burguesía y proletariado

Marx señaló que una clase social no deviene de una clase en sí a una clase para sí más que en la lucha para apoderarse, y apoderándose, del poder político. Esto fue cierto incluso para la burguesía. Sólo haciéndose con el poder político subordinó al conjunto de la sociedad a sus intereses, a las exigencias del funcionamiento del modo de producción capitalista, es decir, deviniendo la clase dominante. Con esta condición, la burguesía derribó los obstáculos que impedían el desarrollo del modo de producción capitalista. Sin embargo, el modo de producción capitalista nació y comenzó a desarrollarse en los flancos de la sociedad feudal. La burguesía se organizó y se apoderó, finalmente, del poder político apoyándose en su potencia económica.

A la clase obrera los problemas se le plantean de forma radicalmente diferente. Mientras que subsiste el modo de producción capitalista, las relaciones sociales de producción son, fundamentalmente, las siguientes: por una parte, una clase, el proletariado, que solo posee su fuerza de trabajo, y que está obligada a venderla como mercancía para poder vivir; por otra parte, una clase que posee los medios de producción y que le compra al proletariado su fuerza de trabajo. Estas relaciones de producción les permiten a los capitalistas apoderarse del sobretrabajo de la clase obrera (la clase obrera produce una masa de valor que se corresponden con el valor de su fuerza de trabajo y que le pagan los capitalistas, y una masa de valor suplementaria que no le pagan los capitalistas y que se apropian), sobretrabajo que se convierte en plusvalía, fuente de todos los beneficios capitalistas. Mientras subsista el modo de producción capitalista, estas relaciones de producción se renuevan constantemente. El desarrollo del modo de producción capitalista significa: cada vez más proletarios obligados a vender su fuerza de trabajo a los dueños de los medios de producción.

Así como la sociedad feudal engendró a sus enterradores, también la burguesía, la sociedad burguesa, los engendra: los proletarios; pero de una forma diferente. Unos han acaparado del interior de la antigua sociedad una parte cada vez más considerable de la riqueza social; otros, a medida que se desarrolla el modo de producción capitalista, se ven privados de la posesión de cualquier riqueza social. Para los proletarios no hay más que una vía: organizarse como clase, apoderarse del poder político, erigirse en clase dominante para apropiarse colectivamente la riqueza social. Esta es la condición previa para la constitución de un modo de producción nuevo que lleve al socialismo.

Interés y límites de las cooperativas obreras

Los redactores de esta recopilación de textos y artículos han insistido sobre el verdadero sentido y la verdadera importancia de las cooperativas obreras para iluminar mejor el contenido de la "autogestión". La experiencia de las cooperativas obreras prueba que los proletarios pueden muy fácilmente pasar de los patronos y gestionar sus propios negocios. Pero las cooperativas no emancipan a la clase obrera de las relaciones de producción capitalistas. Las cooperativas están sometidas a las leyes del mercado, al conjunto de leyes del modo de producción capitalista; no pueden ser el punto de partida del nuevo modo de producción. En el interior de la empresa cooperativa, inevitablemente, resurgen las viejas relaciones, las antiguas diferenciaciones y, más o menos rápidamente, transforman la cooperativa en una empresa capitalista como las otras, a menos que desaparezca pura y simplemente. Si hay excepciones están relacionadas con las cooperativas controladas por los sindicatos o los partidos obreros. Éstas también están obligadas a someterse a las leyes del mercado pero logran

mantenerse como cooperativas auténticas porque, en contrapartida, están sometidas a una voluntad política que emana de las organizaciones de clase del proletariado. Esta voluntad política se opone al movimiento espontáneo que tiende a transformar las cooperativas en sociedades capitalistas que no persiguen otro fin que la producción de la plusvalía y la realización del beneficio. Es así porque la gestión cooperativa está en estos casos subordinada a los objetivos políticos generales y fundamentales del movimiento obrero. Si se ve de cerca, el ejemplo de las cooperativas confirma que el proletariado no puede insertarse en el interior del modo de producción capitalista y hacerse hueco en él. Solo la lucha política y, finalmente, la toma del poder político le permite marchar hacia su emancipación.

Control obrero y autogestión

Es decir, ¿la clase obrera no puede combatir y no combate por reivindicaciones “económicas”? Evidentemente no. Dejamos a otros, que en su mayoría son también partidarios de la “autogestión”, el cuidado de oponer las “reivindicaciones cualitativas” a las “reivindicaciones cuantitativas”. El proletariado se adentra en la lucha por el poder combatiendo por sus intereses materiales con el fin, precisamente, de hacerlos prevalecer. Una vez más, hay que volver a la conclusión del opúsculo *Salario, precio y beneficio*, redactado por Marx.

“Estas pocas indicaciones bastarán para poner de relieve que el propio desarrollo de la industria moderna contribuye por fuerza a inclinar la balanza cada vez más en favor del capitalista y en contra del obrero, y que, como consecuencia de esto, la tendencia general de la producción capitalista no es a elevar el nivel medio de los salarios, sino, por el contrario, a hacerlo bajar, o sea, a empujar más o menos el *valor del trabajo* a su *límite mínimo*. Pero si la *tendencia de las cosas*, dentro de este sistema, es tal, ¿quiere esto decir que la clase obrera deba renunciar a defenderse contra las usurpaciones del capital y cejar en sus esfuerzos por aprovechar todas las posibilidades que se le ofrezcan para mejorar temporalmente su situación? Si lo hiciese, veríase degradada en una masa uniforme de hombres desgraciados y quebrantados, sin salvación posible. Creo haber demostrado que las luchas de la clase obrera por el nivel de los salarios son episodios inseparables de todo el sistema de salarios, que en el 99 por 100 de los casos sus esfuerzos por elevar los salarios no son más que esfuerzos dirigidos a mantener en pie el valor dado del trabajo, y que la necesidad de forcejear con el capitalista acerca de su precio va unida a la situación del obrero, que le obliga a venderse a sí mismo como una mercancía. Si en sus conflictos diarios con el capital los obreros cediesen cobardemente, se descalificarían sin duda para emprender movimientos de mayor envergadura.

Al mismo tiempo, y aun prescindiendo por completo del esclavizamiento general que entraña el sistema de trabajo asalariado, la clase obrera no debe exagerar ante sus propios ojos el resultado final de estas luchas diarias. No debe olvidar que lucha contra los efectos, pero no contra las causas de estos efectos; que lo que hace es contener el movimiento descendente, pero no cambiar su dirección; que aplica paliativos, pero no cura la enfermedad. No debe, por tanto, entregarse por entero a esta inevitable guerra de guerrillas, continuamente provocada por los abusos incesantes del capital o por las fluctuaciones del mercado. Debe comprender que el sistema actual, aun con todas las miserias que vuelca sobre ella, engendra simultáneamente las *condiciones materiales* y las *formas sociales* necesarias para la reconstrucción económica de la sociedad. En

vez del lema *conservador de*: “¡Un salario justo por una jornada de trabajo justa!”, deberá inscribir en su bandera esta consigna revolucionaria: “¡Abolición del sistema de trabajo!” (Marx, *Salario, precio y ganancia*, páginas 41 y 42 <http://www.ehu.es/Jarriola/Docencia/EcoMarx/salario,%20precio%20y%20ganancia.pdf>; y en *Obras Escogidas de Marx y Engels*, en dos volúmenes, volumen I, Ayuso, Madrid, 1975, páginas 433 y 434)

Además, es sabida la capital importancia que Marx y Engels atribuían a la reducción del tiempo de trabajo: la jornada de diez horas y, después, la de ocho horas. Consideraban que la lucha por la reducción del tiempo de trabajo era un factor de movilización y de organización del proletariado. Más allá, estimaban que en sí misma la reducción del tiempo de trabajo contribuía a la formación y clarificación de la conciencia de clase del proletariado. Con el imperialismo, estadio superior del capitalismo, estadio en el que el capitalismo ha devenido reaccionario en toda la línea, época de guerras y revoluciones según Lenin, la defensa de las condiciones materiales de existencia de la clase obrera es indisociable de la perspectiva de la toma del poder por el proletariado. Este es el método del *Programa de Transición* elaborado por Trotsky, sobre el cual se fundó la IV Internacional (y cuyo título verdadero es *La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional*).

Pero los partidarios de la “autogestión” no se detienen ante nada, utilizan las palabras para ocultar el contenido de su mercancía adulterada. La “autogestión” sería parte de la transición del capitalismo al socialismo, según ellos. Tal milagro supera el cruce a pie del Mar Rojo. Todo se pone al servicio de realizar tal milagro, sin omitir las reivindicaciones y consignas del mismo *Programa de Transición* y, particularmente, el control obrero sobre la producción. La operación es simple: es suficiente con poner un signo igual entre participación en la gestión de la empresa y control obrero. Las relaciones entre el capital y el trabajo quedan readucidas a las relaciones en el interior de la empresa que devienen el bien común. Los antagonismos de clases y las clases desaparecerían, únicamente quedan las empresas donde se manifiestan y resuelven a la vez los antagonismos sociales, las contradicciones. El control obrero queda reducido a un método cuyo objetivo es modificar las relaciones jerárquicas en el interior de la empresa. Con otras palabras, el “control obrero” se transforma en un medio para “asociar” a los trabajadores con la gestión de la empresa capitalista, limitando, como máximo, las “injusticias”. En realidad los trabajadores quedan subordinados, son invitados a subordinarse voluntariamente a las leyes del mercado, a la competencia, a las exigencias de la producción, de la plusvalía y de la realización del beneficio. Se les pide que ellos mismos se apliquen la “racionalización”, la “rentabilización”, la descualificación, el aumento de los ritmos, el adelgazamiento de los efectivos, etc. Deberán convertirse, naturalmente, en sus propios perros guardianes, vigilándose mutuamente. El resultado no ofrece ninguna duda: muy rápidamente las relaciones jerárquicas en el interior de la empresa renacerán espontáneamente. Sin embargo, la operación no habrá sido en vano: las confederaciones, el sindicalismo de industria, será substituido por la sección sindical de la empresa que es el corolario de la “autogestión”. Al final, el resultado será la pulverización del sindicalismo de clase, del movimiento obrero a cambio del corporativismo.

La única solución: el poder político

El control obrero sobre la producción forma parte de un movimiento radicalmente contrario. Bajo determinadas circunstancias, la clase obrera no espera a la toma del poder para violar el derecho “sagrado” a la propiedad privada de los medios de

producción. Los trabajadores y sus representantes pueden ser llevados en una o varias empresas a organizarse con el fin preciso de apoderarse de los libros de contabilidad, de penetrar en el conjunto del funcionamiento de una o varias empresas y sacarlos a la luz. Pueden ser llevados a controlar el funcionamiento de empresas que siguen siendo gestionadas por capitalistas. Pueden, incluso, ser llevados a apoderarse de una o varias empresas, a hacerlas funcionar y gestionarlas directamente. Todos estos casos presentan diferencias importantes. Habría que discutir en detalle sobre ellos, lo que es imposible en el marco de este prefacio y, de todas maneras, la lucha de clases creará situaciones y combinaciones imprevisibles. Pero es evidente que tales situaciones no tienen nada que ver con la “autogestión”. Así, destacamentos de la clase obrera actuando como vanguardia, trabajadores de una o varias empresas, pueden llegar hasta cuestionar el derecho de propiedad privada sobre los medios de producción. Los trabajadores de o varias empresas pueden llegar hasta ese punto apoyados en una clase obrera que ha tomado la iniciativa en la lucha de clases hasta obligar a la burguesía a colocarse a la defensiva; sin esto, la réplica de la burguesía sería brutal y aplastante. Pero, si los trabajadores se encerraran en su empresa, por más que hayan puesto en cuestión el derecho de propiedad, se condenarían como mínimo a un fracaso si no a una muy dura derrota. Todas las medidas tomadas para controlar la empresa, para hacer luz sobre su funcionamiento, demostrarán que la empresa forma parte de un conjunto, el modo de producción capitalista, del que es inseparable. Incluso los libros de contabilidad no revelan, generalmente, todos los secretos de la empresa. Es necesario llegar hasta los bancos. La empresa depende de otras muchas empresas, del sistema bancario, del mercado. El control obrero hace luz sobre ello. En consecuencia, es necesario salir de la empresa, llamar a los trabajadores de la banca, de las otras empresas, a la clase obrera en general, para que organicen y realicen también el control obrero. Pero, evidentemente, esto no se puede hacer si los trabajadores no se organizan y constituyen comités, si estos no se federan y se organizan para controlar sectores enteros de la economía y, finalmente, toda la economía. La verdadera naturaleza del movimiento de control obrero se revela entonces entera y claramente: los trabajadores se organizan en tanto que clase. Tal situación no puede durar. Lleva directamente a la lucha política entre el poder burgués, el estado burgués, el gobierno del capital y la clase obrera que se organiza como clase. Es suficiente con suponer que los trabajadores de la banca instituyan el control obrero sobre los bancos, que publiciten conjuntamente las operaciones bancarias, de cuentas y depósitos en banco, para darse cuenta que al mismo tiempo toda la contabilidad nacional quedaría a la vista. Pero esto solo puede hacerse con un alto nivel de conciencia del proletariado. Sería un acto político con inmensas consecuencias. Semejante situación no podría durar. Su salida dependería de la siguiente alternativa: o el proletariado lanza la lucha por el poder e impone un gobierno obrero o la burguesía hace retroceder al proletariado y lo vence. Estamos lejos de la “autogestión”. Una vez más se afirma que, sea cual sea el punto de partida de la lucha de clases del proletariado, esta lucha es, esencialmente, una lucha política que se desarrolla y afirma como combate por la toma del poder político.

Gestión de empresas y cuestión del poder

La clase obrera y los organismos que es susceptible de constituir pueden ser llevados a tomar la gestión de empresas. En mayo-junio de 1968, la constitución de un comité central nacional de la huelga general por las centrales sindicales, la lucha por el poder político, por la formación de un gobierno de los partidos obreros, estaba en la lógica de la huelga general. La victoria de la huelga general dependía de ello. Entablar

este combate hubiera necesitado, muy verosímelmente, que el comité central nacional de la huelga general pusiese en marcha, en un momento determinado, los transportes y los servicios públicos para atender las necesidades mismas de la lucha por el poder, que se encargase, igualmente, del avituallamiento de la población y, finalmente, del reinicio de la producción. Toda situación revolucionaria llegada a esa fase plantea y planteará problemas de este tipo. Es imposible cuestionar el carácter político de semejantes iniciativas. No tienen nada que ver con la “autogestión”. Es la dictadura del proletariado que se adelanta.

Otras eventualidades son posibles. Lo que acaba de producirse en las fábricas Lip puede suceder también, en mayor escala, en otras empresas (este ejemplo es ilustrativo y lleno de enseñanzas). Amenazados por los despidos masivos, los trabajadores han ocupado la fábrica, la han puesto en marcha otra vez, han reunido muestras y organizado un servicio de ventas. El primer día, la prensa habló de “autogestión”, al día siguiente de “autodefensa”. Rápidamente estas expresiones dejaron de emplearse. Se manifestó un verdadero temor y cierto malestar. Más allá de las fórmulas, se había producido un hecho con consecuencias muy graves para la patronal y la burguesía en general: amenazados en su derecho al trabajo, los trabajadores de las fábricas Lip atentaban contra la propiedad privada de los medios de producción. Ejemplo temible. En todos sitios el derecho al trabajo, la seguridad del empleo, están amenazados; a más largo o corto plazo estallará una crisis económica que arrojará a la calle a millones de trabajadores. Los trabajadores de Lip podrían muy bien haber sido, bajo condiciones particulares, los anunciadores de un movimiento de apropiación directa por los trabajadores de los medios de producción. Era, por tanto, mucho más importante para el capital, el gobierno de la burguesía y para todos aquellos que, de una forma u otra, son defensores del sistema social burgués, que los trabajadores de Lip fuesen llevados a un callejón sin salida.

La incursión de los trabajadores de Lip en la propiedad privada de los medios de producción tiene una significación fundamental: la clase obrera no escapará a las consecuencias funestas del modo de producción capitalista más que atacando sus causas... la propiedad privada de los medios de producción a escala de toda la sociedad. Partiendo de sus reivindicaciones, de sus necesidades más acuciantes, organizándose y combatiendo para que sean satisfechas, los trabajadores se ven, rápidamente, enfrentados a la cuestión del poder político, del gobierno del estado. La forma de lucha utilizada por los trabajadores de Lip no es un remedio mágico, al contrario: señala cómo la salida de su lucha dependen de la perspectiva política del gobierno obrero. El obstáculo que se levanta ante ellos es, justamente, que las organizaciones obreras rechazan formar un frente único de clase, manteniendo cada organización el plano que le es propio. Los dirigentes de los partidos obreros rechazan abrir la perspectiva de un gobierno sin ministros representantes del capital. Todos ayudan al aislamiento de los trabajadores de Lip. La salida victoriosa no puede ser de ninguna manera: vender y hacer vender a toda costa muestras Lip a precios de dumping o “rentabilizando” a todo coste la empresa. El mercado no es elástico. Los trabajadores de Kelton, o de otras empresas relojeras, tendrían motivos para estar muy inquietos. Se trata, por el contrario, de abrir, a partir de la movilización de los trabajadores de un empresa, una vía para toda la clase obrera y, por tanto y finalmente, la única vía para los trabajadores de Lip.

La autogestión y la lucha de clases en la URSS y en Europa del Este

La “teoría” y práctica de la “autogestión” no tienen otro objetivo que desviar al proletariado de los países capitalistas de los métodos de la lucha de clases, de la

búsqueda de su unidad de clase, del combate por el gobierno y poder obrero. Los autores de la presente obra sobre la “autogestión” han demostrado, justamente, que en los países de Europa del Este la “autogestión” es igualmente una máquina de guerra contra el proletariado y sus conquistas, así como lo demuestra su aplicación en Yugoslavia. Aquí las fórmulas sobre la “autogestión” cubren el desarrollo de tendencias capitalistas en el interior del país, de la penetración del capital extranjero. La planificación de la producción sobre la base de la propiedad colectiva de los principales medios de producción es un modo de producción transitorio del capitalismo hacia el socialismo. Todo depende del origen, de la naturaleza social del estado. La espontaneidad económica disloca la planificación; la planificación debe ser subordinada a una orientación por una dirección consciente. Trotsky señaló cuáles eran las potentes tendencias al cuestionamiento de la planificación y propiedad colectivas de los medios de producción. Escribía:

“... las relaciones de propiedad establecidas por la revolución socialista están indisolublemente ligadas al nuevo Estado que las sostiene. El predominio de las tendencias socialistas sobre las tendencias pequeño burguesas no está asegurado por el automatismo económico (aún estamos lejos de ello), sino por el poder político de la dictadura. Así es que el carácter de la economía depende completamente del poder. La caída del régimen soviético provocaría infaliblemente la de la economía planificada y, por tanto, la liquidación de la propiedad estatalizada. El lazo obligado entre los trusts y las fábricas en el seno de los primeros, se rompería. Las empresas más favorecidas serían abandonadas a sí mismas. Podrían transformarse en sociedades por acciones o adoptar cualquier otra forma transitoria de propiedad, tal como la participación de los obreros en los beneficios. Los koljoses se disgregarían al mismo tiempo, y con mayor facilidad. La caída de la dictadura burocrática actual, sin que fuera reemplazada por un nuevo poder socialista, anunciaría, también, el regreso al sistema capitalista con una baja catastrófica de la economía y de la cultura.” (Trotsky, *La revolución traicionada*, 1936: <http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1936/rt/09.htm> ; o en *La revolución traicionada*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, páginas 236 y 237)

La “autogestión” yugoslava, las reformas de la planificación en los países de Europa del Este y en la URSS han verificado el análisis de Trotsky. La economía de transición debe combinar numerosos factores: la definición de las necesidades de las masas, la elaboración de un plan de producción, su realización bajo el control del proletariado, la ley del valor y sus diversas categorías que se manifiestan en el mercado, etc. Centralizar la gestión de la economía en el nivel de la empresa o de un grupo de empresas es conferirle toda su potencia a las tendencias particularistas, a las desigualdades, a las distorsiones, a las desproporciones, a la rentabilidad. Es reintroducir la anarquía de la producción característica del modo de producción capitalista. Cada empresa o grupo de empresas tiende a funcionar según sus intereses específicos, según los criterios de la rentabilidad, del beneficio, y a desintegrar la planificación. La ley del valor se aplica de nuevo sin límites, sin correctivos, sin frenos. El viejo farrago reaparece tanto a escala de la sociedad como en cada empresa.

Pero la economía son relaciones sociales y ese movimiento no es ni abstracto ni automático. Expresa y nutre antagonismos sociales, luchas de clases. Se desarrolla en los países en los que el estado es un estado obrero degenerado o deformado. Para que lleve hasta el fin la destrucción de la planificación, la vuelta a la propiedad privada de los medios de producción, el estado obrero deformado o degenerado debe ser destruido

por la burguesía renaciente a favor del imperialismo, acabando la contrarrevolución comenzada por las burocracias parasitarias. Todo ello exige una despiadada guerra civil contra el proletariado que combatirá con todas sus fuerzas para mantener la propiedad colectiva de los medios de producción. La naturaleza de la “autogestión” está perfectamente clara: es un componente del ataque contrarrevolucionario contra el proletariado. Su introducción en los estados obreros degenerados o deformados se integra en la acción de las fuerzas sociales proburbuesas y burguesas, del imperialismo, para destruir las conquistas de la Revolución Rusa y sus prolongaciones en Europa del Este.

Tareas históricas del proletariado, democracia obrera, autogestión

La “autogestión” se opone directamente a las tareas históricas del proletariado. El capitalismo ha creado simultáneamente los mercados nacionales y el mercado mundial, la división internacional del trabajo. La producción, tanto en su conjunto como en sus diferentes partes, ha devenido social. Cada trabajo particular solo tiene sentido como parte de la totalidad del trabajo social; cada empresa solo tiene sentido como engranaje del proceso de conjunto de la producción. Pero la propiedad privada de los medios de producción hace que toda actividad productiva se presente como trabajo privado.

La misión histórica del proletariado consiste en resolver esta contradicción: el carácter social del trabajo, del proceso de producción. Pero el modo de producción capitalista no puede destruir los marcos nacionales en los que se ha constituido y desarrollado menos que puede suprimir la contradicción entre trabajo social y propiedad privada de los medios de producción. Incluso las empresas llamadas multinacionales están, cada una de ellas, dominadas por los intereses de una burguesía nacional que continua, con medios acrecidos, combatiendo ferozmente a las otras e intentando eliminarlas. Solo el proletariado, (principal fuerza productiva que no posee más que su fuerza de trabajo) está en condiciones de acabar con la propiedad privada de los medios de producción y los viejos marcos nacionales, unificar y armonizar nacional e internacionalmente el proceso de producción orientándolo en función de la satisfacción de las necesidades de las masas.

La condición primera para la emancipación del proletariado y de todas las clases explotadas, es que rompe la estrechez burguesa y pequeño burguesa de la empresa local, nacional. Le hace falta devenir una clase mundial en el pleno sentido de la palabra. Esforzarse en limitar el horizonte del trabajador a la empresa es subordinarlo a la burguesía, a un gobierno y un estado burgueses. Pero ¿parece que el localismo, la “autogestión” sería una de las condiciones, si no la condición, para el ejercicio de la democracia? Raramente mayor camelo habrá sido utilizado. La democracia no es una abstracción, consiste en dominar los procesos políticos, sociales y económicos. En el período en el que la economía mundial forma un todo orgánico, en el que las relaciones sociales y políticas entre las clases y en su interior se desarrollan sobre este plano, la democracia no puede tomar por base la empresa o la localidad. La democracia obrera no puede ejercerse más que en una perspectiva nacional y mundial. La toma del poder de estado en un país solo es un eslabón: el proletariado solo dominará verdaderamente los procesos políticos, sociales y económicos cuando habrá tomado el poder en numerosos países decisivos. El “poder de decisión” es el poder del estado. En este sentido, el centralismo es una condición indispensable para el ejercicio de la democracia obrera: solo habrá democracia obrera si el proletariado está organizado a escala nacional e internacional en clase dominante. La parcelación es lo contrario de la democracia. En un

plano de producción conjunta, los trabajadores son los juguetes de fuerzas que no dominan, que se le imponen, y la “autogestión” los encierra en esta situación. Sin una perspectiva política global, hoy en día no pueden combatir con éxito al poder del capital. Sin un partido centralizado que se fija como objetivo la conquista del poder del estado, no pueden ordenar su acción sus combatientes. La “autogestión” y su ideología se oponen a todo esto. Sin duda, toda centralización no es democrática. Todo depende de su naturaleza de clase. Si se basa sobre el proletariado implica una auténtica democracia.

Los “teóricos” de la “autogestión” cometen una gran estafa. Confunden voluntariamente dictadura del proletariado y dictadura de las burocracias parasitarias de la URSS y los países de Europa del Este. Las burocracias parasitarias se afirmaron combatiendo contra el proletariado. Expulsaron al proletariado del ejercicio del poder. Deformaron la planificación haciendo prevalecer sus privilegios y acreciéndolos sin cesar. El proletariado expulsado del ejercicio del poder no controla, en consecuencia, ni la economía ni ningún dominio de la vida social. Las burocracias parasitarias intentan dividir y atomizar al proletariado para defenderse contra su creciente amenaza, para defenderse de la renovación de la lucha de éste. Desarrollan las normas de reparto burgués, la regulación de la economía por las leyes del mercado, la rentabilización de cada empresa y el recurso (en Yugoslavia) a la “autogestión”. La dictadura del proletariado es, por el contrario, el poder de los soviets, de los consejos, la planificación bajo control obrero, la determinación por el proletariado de los objetivos del plan. El proletariado solo puede ejercer esta dictadura mediante las formas políticas del estado que él construyó que lo centralizan y organizan como clase dominante. Ahí reside la condición del ejercicio de la democracia obrera. Entonces la democracia obrera deviene real en la empresa, localmente, pues los proletarios de tal o tal otra empresa miden su acción como un elemento del movimiento de conjunto del proletariado. Saben dónde van y cómo ir. Como se ve, los partidarios de la “autogestión” marchan directamente en sentido contrario. Quieren imponer la atomización del proletariado, el libre juego de las desigualdades, las diferenciaciones, el libre juego de los mecanismos económicos, el mantenimiento, o retorno, del capitalismo.

Una aportación a la construcción del partido revolucionario

Los textos aquí publicados son de una fundamental importancia pues arrojan luz sobre la significación de la “autogestión”. Por ello es indispensable que todo revolucionario proletario los lea y estudie. La “teoría” de la “autogestión” ha sido formulada e introducida en el seno del movimiento obrero por los agentes de esa institución reaccionaria, gran potencia espiritual pero no menos atada a los bienes terrenales: la Iglesia. La correa de transmisión es la CFDT y sus prolongaciones políticas, el CERES por ejemplo. Pero esta operación solo es posible gracias a la política de los dirigentes de las centrales sindicales auténticamente obreras, la CGT, FO, la FEN y de los partidos tradicionales de la clase obrera, el PS y el PCF. En este período en que se agudizan las contradicciones de clase, en el que la cuestión del poder político se plantea, en que la única respuesta política a esta cuestión que se corresponda con las necesidades del proletariado es la lucha por un gobierno obrero basado en el frente único de las organizaciones obreras, las direcciones de estas organizaciones intentan, por el contrario, reforzar desesperadamente el régimen capitalista decadente. Así, llaman a reforzar las fuerzas más conservadoras, abren la puerta a los “teóricos” de la “autogestión”, a los agentes organizados de la reacción clerical. Digámoslo, los “autogestionarios” penetran en el interior de la clase obrera solo porque los dirigentes

de las organizaciones obreras tradicionales les abren la puerta. Lo que no sucederá sin conflictos. El objetivo de la “doctrina social” de la Iglesia, revisado y corregido, es la destrucción del movimiento obrero. En última instancia, cuestiona las bases sobre las que se apoyan los aparatos de las organizaciones obreras.

Como ya hemos señalado, la concepción de este libro está en relación directa con la actividad militante de los militantes de la OCI y de la Alianza Obrera de la RNUR. En efecto, solo la OCI combate sin piedad la reacción clerical mal camuflada bajo los oropeles de la “autogestión”. El motivo es simple y evidente: solo la OCI combate a favor del frente único obrero, de la ruptura de las organizaciones obreras con la burguesía, por el gobierno obrero. Este combate bajo múltiples formas es un combate político, cotidiano, y los textos que componen este libro son, cada uno de ellos, una aportación a la lucha por la construcción del partido revolucionario en Francia y la reconstrucción de la IV Internacional. No es una simple afirmación. La “autogestión” quiere pulverizar a la clase obrera. Se opone fundamentalmente a la toma de conciencia política del proletariado, a su unidad política, a su lucha por el poder. La lucha por la construcción del partido revolucionario y la reconstrucción de la IV Internacional condiciona toda la actividad militante en vistas a lograr esos objetivos. Es inseparable de la lucha de clases del proletariado, de la intervención en esta lucha de clases. Para ser más precisos: construir el partido revolucionario, reconstruir la IV Internacional, es la forma más elevada de participación en la lucha de clases del proletariado. Es pues inevitable que esta lucha incluya el combate teórico y práctico contra la “autogestión” y sus defensores. Leer y estudiar estos textos, nacidos en el combate y para el combate, es, pues, indispensable para todo militante revolucionario.

Edita:

GRUPO GERMINAL
*(en defensa del
marxismo)*

Para contactar con nosotros:

germinal_1917@yahoo.es

Visita nuestra página:

www.grupgerminal.org



Grupo Germinal
en defensa del marxismo